

Julio Moncada

El labriego tenaz

I



Ofrece como un rayo en la agonía,
con piedra, polvo, muerte y pesadumbre,
de mi ser cada hora la costumbre
del labriego tenaz que en mí porfía.

Salgo de mí, la mano hecha una lumbre,
la sien atravesada en la elegía,
sorprendiendo a la muerte que confía
atar mis huesos a su muchedumbre.

Espanto y tierra y material quebranto
sustentan mi raíz en cada hora
en que elevo las ramas de este canto,

y el hombre que hay en mí se desmejora
para subir la zarza de su llanto
en el agua sutil que abre la aurora . . .

II

De terrestre pasión estoy ardiendo.
Cada temblor de mí toca a la tierra.
Vengo desde la paz para la guerra
con mi laurel en el que voy muriendo.

Atadura mortal mi mano encierra,
cada día su cábala cediendo.
Estoy como un pastor que va perdiendo
su rebaño en la puerta que se cierra.

Siento subir la abeja por mi pecho;
gotean lentas lenguas su bramido;
la mariposa vuela en el helecho

y piedra y pedernal me han concebido
con mi mortaja puesta sobre un lecho
en el que debo ya quedar dormido...

III

De mí me voy labriego, así cansado.
Así duermo y soñando me sostengo
y sufro en el desvelo que mantengo
toda la mano puesta en el arado.

Aquí, por fin, del fin, al fin detengo,
mi lento corazón atravesado
como un leño que llevo calcinado
en los cuatro costados donde vengo.

La tierra, que en su piel me desampara,
el polvo que me busca y que persigo,
el aire donde canto, el agua clara,

serán por fin, al fin, del fin testigo,
de la hora total cuando mi cara
regrese bajo el sol deshecha en trigo...